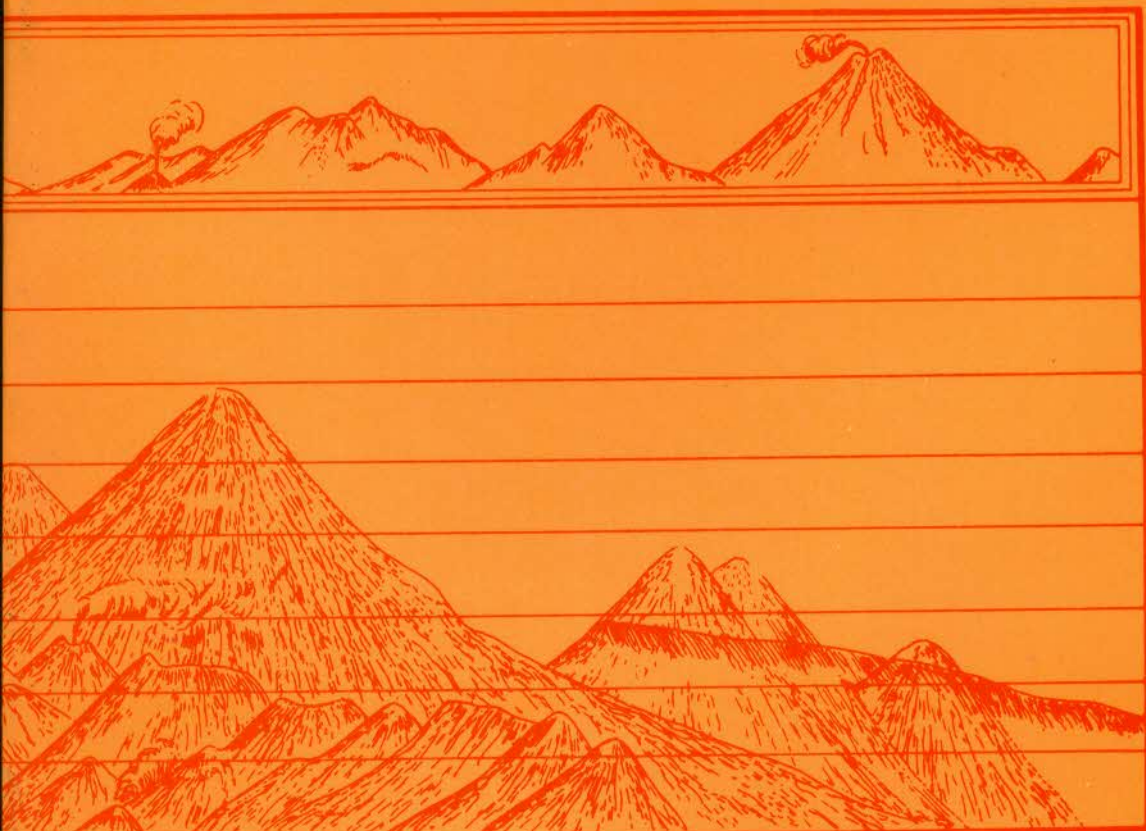


II COLOQUIO

Paul Kirchhoff

*La Etnografía de Mesoamérica Meridional y
el Área Circuncaribe*

Andrés Medina, coordinador



Universidad
Instituto

Nacional Autónoma
de Investigaciones

de México
Antropológicas

LA ETNOGRAFÍA DE Mesoamérica MERIDIONAL Y EL ÁREA CIRCUNCARINA
II CONGRESO VALL KIRCHHOFF

Portada: Yuriria Botas

Primera edición, 1996

© Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

Ciudad Universitaria

04510 México, D.F.

ISBN 968-36-4847-9

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México

Printed in Mexico

LA ETNOGRAFÍA DE MESOAMÉRICA
MERIDIONAL Y EL ÁREA CIRCUNCARIBE
II COLOQUIO PAUL KIRCHHOFF

Coordinador Andrés Medina



Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Antropológicas
México, 1996

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Instituciones	11
Presentación	13

I. CUESTIONES GENERALES

La etnografía y la cuestión étnico-nacional en Centroamérica: una primera aproximación	19
<i>Andrés Medina</i>	
El área Circuncaribe: antecedentes	38
<i>Barbro Dahlgren</i>	
Visión de las concepciones relativas a los límites y demarcaciones de la América Central	40
<i>Adalberto Santana</i>	

II. GUATEMALA

Corrientes antropológicas sobre etnicidad y clase social en Mesoamérica	59
<i>Jorge Solares</i>	
Conflicto étnico y desplazados internos en Guatemala	79
<i>Manuel Blanco</i>	
Los indígenas y la política indigenista en Guatemala	116
<i>Aura Marina Arriola</i>	
Los garífuna de Guatemala y su contexto regional	138
<i>Alfonso Arrivillaga Cortés</i>	
Los refugiados guatemaltecos en México	156
<i>Raúl Rodríguez</i>	
La etnografía del habla en comunidades mayas de Guatemala	163
<i>Héctor Eliú Cifuentes</i>	

La educación bilingüe en Guatemala.....	176
<i>María Ernestina Reyes de Ramos, Héctor Eliú Cifuentes y Héctor Méndez</i>	
Etnicidad, clases sociales, resistencia y participación social en los procesos de cambio en Guatemala.....	189
<i>Pedro Paredes</i>	
<i>Pop Wuj</i> : el libro como recreación.....	208
<i>Antonio Mosquera Aguilar</i>	

III. HONDURAS

Identidad, cultura y nación en Honduras.....	221
<i>Manuel Chávez Borjas</i>	
La cultura popular hondureña: una experiencia de trabajo.....	238
<i>Nelson Mejía González</i>	

IV. NICARAGUA

Autonomía y contrainsurgencia. Los derechos étnicos en Guatemala y Nicaragua.....	255
<i>Mercedes Olivera y Catalina Victory</i>	
Sobre la relación entre las contradicciones étnica y de clase.	
Un acercamiento teórico.....	269
<i>Guillermo Foladori</i>	
Notas sobre la evolución del universo cultural nicaragüense.....	288
<i>Francisco Lizcano Fernández</i>	

V. EL SALVADOR

La población indígena de El Salvador.....	299
<i>Mac Chapin</i>	
Iglesias evangélicas y conflicto político en El Salvador.....	340
<i>Carlos Benjamín Lara M.</i>	
Una aproximación a la deculturación violenta de El Salvador en 1932.....	361
<i>Rafael A. Lara Martínez</i>	

VI. COSTA RICA

La población indígena, la cultura nacional y la cuestión étnica en Costa Rica.. 379
Marta Eugenia Bozzoli de Wille
 Etnicidad y participación política en la costa Atlántica 400
Carmen Murillo Chaverri
 Los grupos indígenas costarricenses: situación actual 414
Janina Bonilla Pignataro

VII. BELICE

La inferiorización de lo hispánico en la cultura beliceña 429
Francesca Gargallo
 Los estudios antropológicos del CEMCA en Belice, c.a. 438
Antoinette Nelken-Terner

América Médica, coordinadora
 En Ciudad Guaymas, D.F., el 2 de febrero de 1974

NOTAS SOBRE LA EVOLUCIÓN DEL UNIVERSO CULTURAL NICARAGÜENSE

Francisco Lizcano Fernández

CEL-FFL-UNAM

Como sucede en relación con otros países americanos, resulta imposible escribir la historia de Nicaragua sin aludir a los grupos étnico-culturales; es decir, a aquellos conjuntos humanos vinculados por su origen, lengua, religión, tradiciones y costumbres. Esta imposibilidad pone de manifiesto la necesidad de abordar este tema, si se quiere comprender a cabalidad el pasado y el presente de este país. Todavía está por realizarse un estudio completo acerca de la evolución de los grupos étnico-culturales en Nicaragua; el presente texto desea contribuir a esta tarea, al someter a discusión una periodización que pone de relieve las que, a juicio del autor, serían las principales etapas de la historia étnico-cultural de este país.

Cuando los europeos llegaron al territorio que posteriormente sería definido como nicaragüense, no existía ningún vínculo que unificara al conjunto de los habitantes que lo ocupaban, o a una porción significativa de los mismos. No existía, por tanto, ningún grupo al que, con rigor, se pudiera catalogar como "nación nicaragüense".

Estas personas estaban agrupadas en núcleos de población muy dispares: desde pequeñas comunidades nómadas o seminómadas integradas por unas pocas familias, hasta ciudades con varias decenas de miles de habitantes. La ciudad chorotega de Managua, con 40 000 habitantes, era probablemente la más populosa. Pero no era frecuente que tales núcleos integraran unidades políticas amplias; ni siquiera parece verosímil que el cacique más poderoso, el nicarao Nicaragua, a la llegada de los españoles, gobernara sobre todos los nicaraos, a pesar de que esta etnia ocupaba un espacio poco mayor que el actual departamento de Rivas.

Sin embargo, estas comunidades tan desvinculadas en el aspecto político se pueden agrupar, de acuerdo con sus características culturales, en dos grandes conjuntos. Uno de ellos compuesto por chorotegas, nicaraos, maribios y tacachos —uno de los cuales procedía del norte, pertenecía al área cultural mesoamericana y ocupaba la zona incluida entre el Pacífico y el inicio de la región montañosa central. El otro conjunto, integrado por sumos, matagalpas y ramas, pertenecía al área cultural chibcha, hablaba idiomas relacionados con las lenguas chibchas suramericanas y deambulaban por el resto del territorio. Además, los integrantes del primer conjunto se distinguían de los del segundo

porque ocupaban más densamente su hábitat, eran sedentarios, vivían en comunidades más pobladas, tenían diferencias sociales más marcadas, fabricaban objetos más refinados y tenían un mayor desarrollo agrícola. No obstante, las similitudes señaladas entre las etnias integrantes de cada uno de estos conjuntos no deben ocultar las profundas diferencias que las dividían.

En la región del Pacífico, la etnia chorotega era la más extendida cuando llegaron los europeos. Su procedencia pudo ser concretada cuando D.G. Brinton y Walter Lehmann establecieron la vinculación lingüística de éstos con los mazatecos y chiapanecos mexicanos. Sin embargo, aunque todos los estudiosos coinciden en que su migración fue anterior a la de los nicaraos, todavía no existen bases sólidas para determinar el momento en que se realizó. Las comunidades chorotegas manifestaban una estratificación social difusa y estaban gobernadas por consejos de ancianos elegidos por la colectividad, la cual, además, en ocasiones participaba directamente en la toma de decisiones de interés general.

Las principales investigaciones sobre los nahoas, nahuas o nicaraos no manifiestan dudas al clasificar su lengua dentro del tronco uto-azteca, ni al ubicar su origen en la región central de México, pero todavía no hay un acuerdo acerca del momento en que se produjo la migración de esta etnia hacia Centroamérica. Samuel K. Lothrop afirma que ésta tuvo lugar a finales del siglo XI, mientras que Wigberto Jiménez Moreno la sitúa tres siglos antes. Las localidades de los nicaraos alojaban desde unos centenares de personas hasta algo más de 20 000, y su diferenciación social era marcada: el grupo de los nobles no trabajaba en tareas productivas, los caciques heredaban su cargo y nunca se ponían en contacto con la gente común. Si hacemos caso omiso de los tacacho, sobre los cuales no se tienen apenas referencias y cuya lengua permanece aún sin clasificar, la etnia de los maribios era la menos numerosa de las situadas en esta parte de Mesoamérica. Su lengua pertenecía al tronco lingüístico hokan, lo cual los vincula con lejanos grupos ubicados al norte del área mesoamericana, como los hokanos de California y los coahuiltecos de Texas.

Las diferencias entre las etnias cuyas lenguas pertenecían al tronco lingüístico chibcha no eran menores que las que, según se ha visto, distinguían a chorotegas, nicaraos y maribios. Las profundas diferencias entre los idiomas hablados por los sumos, ramas y matagalpas no les permitían comunicarse entre sí. Los grandes territorios ocupados por estas etnias presentaban una densidad de población mínima, la cual se dispersaba en comunidades muy reducidas. En éstas no se conocía el trabajo alienado, ni se admitían autoridades que ejercieran su poder por la fuerza. Su alimentación provenía, sobre todo, de la caza, la pesca y la recolección, aunque también incluía productos agrícolas, de los cuales el principal era la yuca. De las tres etnias mencionadas, la más numerosa y extendida era la de los sumos, quienes, por otra parte, hablaban variantes ininteligibles entre sí.

La presencia europea transformó profundamente la situación descrita, pero afectó de manera muy diversa a estas distintas etnias. En la zona que quedó bajo el dominio efectivo de los españoles se configuró con rapidez una estructura social única, la cual integró elementos étnico-culturales indígenas, españoles y africanos. Esta sociedad, que comenzó a forjarse a raíz de la conquista española, fue la que constituyó la matriz de lo que es hoy la nación nicaragüense. Durante el periodo colonial esta zona no llegó a extenderse más allá de alrededor de un tercio del presente territorio nicaragüense, al no incluir sino una parte de los actuales departamentos de Chontales, Boaco, Matagalpa, Jinotega y Nueva Segovia, y al excluir en su totalidad los de Zelaya y Río San Juan.

En la zona que permaneció al margen del control español, ni la presencia anglosajona, que en este caso fue la principal presencia europea, ni la africana llevaron consigo un proceso similar al que se acaba de mencionar. Por el contrario, el arribo de grupos foráneos a esta región se tradujo en la conformación de un universo cultural todavía más plural que el existente con anterioridad. Los resultados de este proceso son, como se verá, claramente perceptibles en el presente. Por estas razones se considera pertinente examinar por separado la historia étnico-cultural de ambas zonas, lo cual no significa minusvaluar las relaciones, a menudo conflictivas, que sus respectivos habitantes mantuvieron entre sí.

Dentro del escenario dominado por los españoles, la evolución étnico-cultural se ha dividido en tres periodos principales. El primero se identifica con el proceso de la Conquista, que comenzó en 1524, y se puede dar por concluido poco antes de mediar el siglo XVI. Este periodo se caracterizó por la imposición del dominio español y por el descenso dramático de la población indígena.

El segundo periodo se prolongó durante toda la Colonia y terminó después de la Independencia, en la década de los setenta del siglo pasado. Durante estos tres largos siglos se consolidó una sociedad con un firme sustrato común, a pesar de la permanencia de marcadas diferencias étnico-culturales en su seno. La compleja evolución de esta sociedad con respecto al tema que nos ocupa, quizás pudiera sintetizarse en el desarrollo de dos tendencias simultáneas y contradictorias. Una de ellas propició la perpetuación de la división social en castas cerradas, impuesta desde el comienzo de la colonización. Si bien esta tendencia obstaculizó la movilidad social entre indígenas, mestizos, negros, mulatos y criollos, también repercutió de manera positiva entre los primeros, al contener los intereses de los encomenderos y hacendados criollos. Mientras esto sucedía, la otra tendencia se encargaba de difuminar las diferencias entre las castas mencionadas.

El resultado fue que al finalizar el periodo, al interior de esta sociedad, se podían distinguir tres grupos étnico-culturales, aun cuando la mayoría de sus integrantes compartieran vínculos religiosos, lingüísticos y otros referidos a las costumbres. El grupo indígena, que por aquel entonces englobaba aproximadamente a la mitad de

esta sociedad, había sufrido un intenso proceso de aculturación, pero su permanencia generalizada bajo sistemas de vida comunal le había permitido mantener una identidad peculiar. El otro grupo mayoritario estaba integrado por mestizos, cuyas condiciones de vida eran muy heterogéneas, pues entre ellos abundaban los peones rurales, pero tampoco faltaban los que disfrutaban de un poder político y económico considerable. La movilidad social de este grupo se incrementó notablemente después de la Independencia. Por último, aunque en aquellos momentos las diferencias entre los grupos mestizo y criollo ya no eran en absoluto rígidas, se podría definir al segundo como aquel que exhibía una vinculación más directa con las tradiciones españolas. Como el grupo criollo se distribuía en varios estratos sociales, en general las familias más poderosas pertenecían a él, por lo cual todavía se podía establecer en aquellas fechas cierta relación entre el grupo cultural criollo y el grupo socioeconómico dominante.

Durante el tercer periodo, que puede darse por terminado antes de la mitad del presente siglo, el proceso más importante fue la unificación de los grupos étnico-culturales preexistentes; es decir, la consolidación definitiva de la nación nicaragüense. Este proceso de mestización generalizada se tradujo en la disolución de los dos grupos —indígena y criollo— que fincaban su especificidad en el mantenimiento de características que los vinculaban, más íntimamente que a los mestizos, con los grupos étnico-culturales que se enfrentaron en la Conquista.

La pérdida de la identidad del grupo indígena —integrado por chorotegas, nicaraos, maribios y matagalpas— estuvo determinada por la puesta en práctica de algunas medidas típicas de la llamada reforma liberal, las cuales, en Nicaragua, comenzaron a implantarse bajo sucesivos gobiernos conservadores, aunque fue en la dictadura del liberal José Santos Zelaya cuando se llevaron hasta sus últimas consecuencias. Al ser despojados de sus tierras comunales, y al sufrir los rigores de las leyes que obligaban a los sectores mayoritarios de la población a trabajar de acuerdo con las condiciones impuestas por el Estado, los indígenas fueron despojados de las bases territoriales, sociales y económicas que les habían permitido mantener cierta especificidad cultural. De esta manera, los indígenas, al mismo tiempo que se integraban al grupo mestizo, padecieron un grave deterioro en sus niveles de vida. En la actualidad, sólo algunos grupos muy reducidos de esta zona de Nicaragua, a la que nos venimos refiriendo, mantienen algún tipo de enraizamiento especial con las tradiciones culturales prehispánicas. Entre ellos, los más conocidos son los habitantes de Monimbó y Subtiaba —barrios de Masaya y León, respectivamente—, los cuales mantienen cierta vinculación con sus ancestros chorotegas, en el primer caso, y maribios, en el segundo; aunque, en realidad, ambas comunidades perdieron hace ya muchas décadas su lengua primigenia y buena parte de las costumbres, que les conceden su tipificación en la actualidad, no se consolidaron sino durante la Colonia. A lo largo de los regímenes dictatoriales de

Zelaya y de los Somoza terminaron por desaparecer las connotaciones étnico-culturales que la clase dominante pudiera tener al comienzo de este periodo, pues tales gobiernos llevaron consigo la incorporación, a los más altos niveles del poder económico y político, de familias mestizas procedentes de otros sectores socioeconómicos.

Al mismo tiempo que en la zona occidental se desarrollaba el secular proceso de unificación descrito; la evolución étnico-cultural en el resto del territorio nicaragüense seguía derroteros muy distintos. Esta historia, que no sufrió las consecuencias de ninguna conquista europea, se ha dividido en cuatro periodos.

La primera etapa abarcó desde el momento en que se establecieron los primeros asentamientos de grupos foráneos —la primera noticia en este sentido data de 1631— hasta 1870 aproximadamente. El fenómeno más relevante ocurrido durante este periodo fue, quizás, el surgimiento de dos etnias nuevas —la miskita y la creole— que marginaron paulatinamente a los antiguos habitantes de la región. La primera en configurarse fue la etnia miskita, resultante del mestizaje entre un grupo sumo, del cual conservaron la lengua y otras muchas características sociales y culturales, con anglosajones y ex esclavos de origen africano. La superioridad militar obtenida por el intercambio comercial con los anglosajones permitió a los miskitos convertirse rápidamente en la etnia más poderosa de la costa Atlántica centroamericana; expansión que, en territorio nicaragüense, fue padecida por los sumos y ramas, quienes de esta manera perderían para siempre su importancia anterior en el área. A pesar del poder que les permitió esta expansión, los miskitos mantuvieron, al interior de sus comunidades, una organización sociopolítica similar a la de sus ancestros sumos.

La etnia creole surgió de los esclavos de origen africano que los ingleses llevaron a Nicaragua. En general, estos esclavos habían sido aculturados previamente en la isla de Jamaica antes de llegar al continente. Cuando los ingleses evacuaron Nicaragua, a raíz del tratado anglo-español de 1783, algunos negros permanecieron en la región y se apoderaron del comercio y del contrabando que aquéllos habían abandonado. Éste fue el comienzo de la expansión creole, cuya lengua fue poco a poco desplazando al miskito como lengua franca de la Mosquitia. En la primera mitad del siglo XIX, los creoles ya se habían constituido en la etnia local más poderosa de la región. Dado que es probable que los garífunas llegaran a las costas nicaragüenses antes de mediar el siglo XIX, se puede afirmar que, al final del periodo examinado, ya estaban asentadas en esta zona todas las etnias que existen en la actualidad. A lo largo de todo este periodo, las relaciones entre los habitantes de esta zona y los de la occidental se caracterizarán por una intensa conflictividad, que fue potenciada de modo sistemático por los ingleses.

El rasgo distintivo del segundo periodo, el cual se prolongó hasta 1950, fue el proceso de aculturación sufrido, sobre todo, por los miskitos, los ramas y, en menor medida,

por los sumos y los creoles. Aunque han mantenido, hasta la actualidad, buena parte de sus rasgos sociales y culturales, la mayoría de los miskitos y ramas transformaron profundamente sus vidas cuando, al comienzo del periodo, fueron convertidos a la religión morava. Esta conversión afectó también a los creoles, aunque es previsible que entre éstos, cuyos componentes culturales occidentales eran ya evidentes, implicara un cambio menos radical.

A estos cambios se sumaron otros, de no menor trascendencia, en los aspectos social, económico y político. A diferencia del periodo anterior, en el cual la economía capitalista había tenido una penetración muy débil y localizada, en las últimas décadas del siglo pasado compañías inglesas y norteamericanas se asentaron firmemente en esta región. Esto significó un cambio notable para muchos miskitos y creoles, que se incorporaron a ellas como trabajadores asalariados. En el caso de los miskitos, este alejamiento de su ancestral sistema económico de autosubsistencia no fue definitivo, pues la demanda de trabajo en las compañías transnacionales sufrió severas oscilaciones en las décadas siguientes, esto influyó en la pervivencia de sus ocupaciones tradicionales. No resulta válido señalar, pues ello ha tenido repercusiones importantes en los graves conflictos ocurridos en la zona desde 1980, que estas transformaciones culturales y socioeconómicas no hicieron sino reforzar la influencia anglosajona en el área.

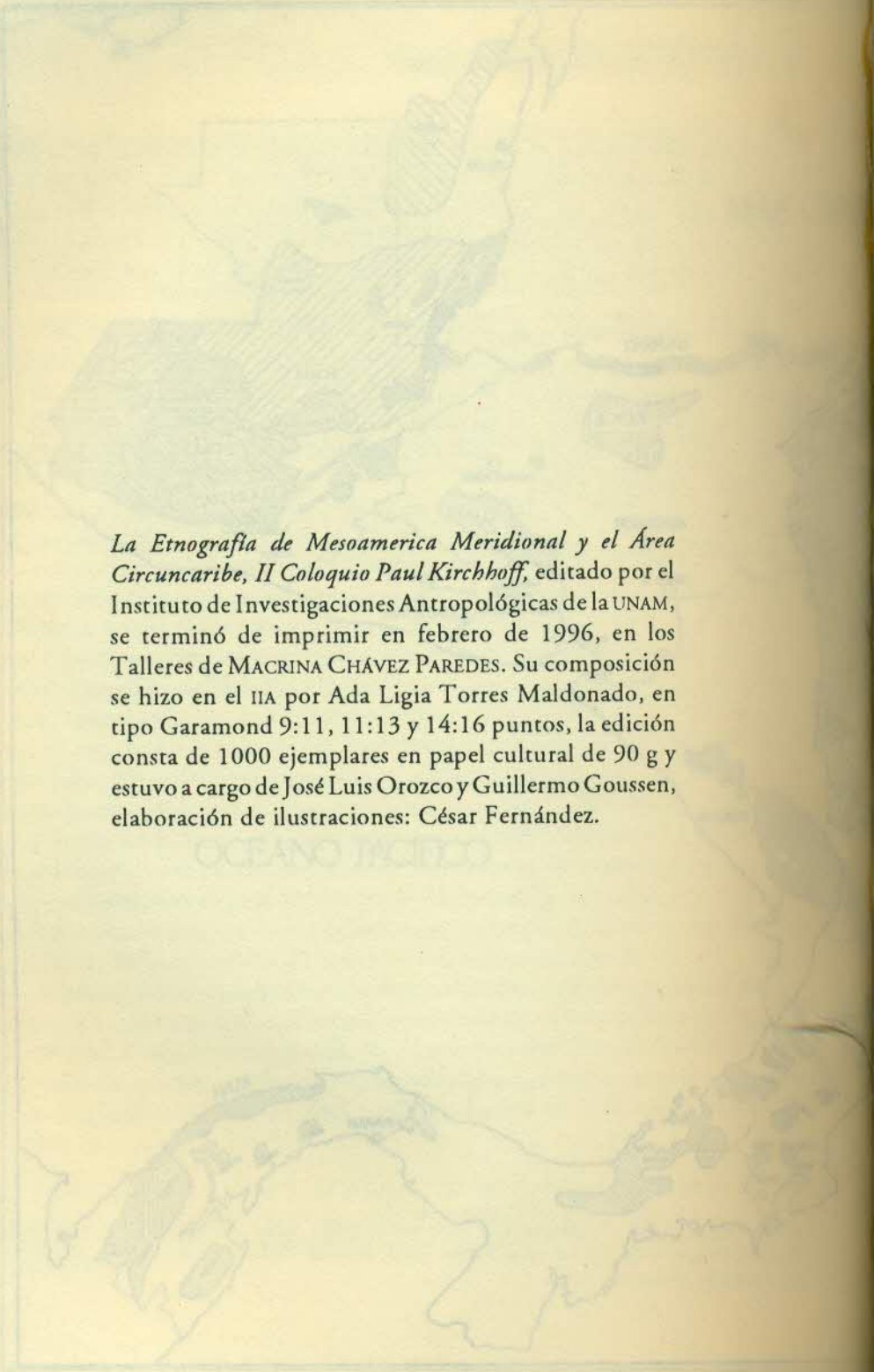
Los cambios políticos que afectaron a esta zona, durante el periodo en cuestión, fueron también de la mayor significación. Hasta 1843 no hubo ningún control político real sobre la Mosquitia. Desde esta fecha y hasta 1894 se impuso un gobierno inglés indirecto sobre sus habitantes. En 1894, el presidente Zelaya incorporó esta región al Estado nicaragüense, con el apoyo de los Estados Unidos y la oposición de miskitos y creoles. Este hecho significó el comienzo de una presencia constante de los mestizos hispano-hablantes en la zona.

No obstante, esta presencia fue bastante reducida hasta 1950, año en el que situamos el inicio del tercer periodo, cuya característica principal radicó, precisamente, en el incremento constante y sin precedencia de tal presencia. Este fenómeno, que no logró disminuir los prejuicios ancestrales entre los habitantes de ambas zonas, de manera significativa, se debió a tres procesos. En primer término, aumentó la incidencia del Estado en la zona. En segundo término, los empresarios nicaragüenses, frecuentemente vinculados al somocismo, comenzaron a competir en este territorio con las compañías transnacionales. Finalmente, se produjo una intensa migración de campesinos mestizos hacia esta región. Este último proceso, unido a lo mencionado con anterioridad, explica la composición del universo cultural de la costa Atlántica en la actualidad, que de manera aproximada puede resumirse en las siguientes cifras: los mestizos hispano-hablantes representan 65% de su población total; los miskitos, 24%; los creoles, 9%; los sumos, 2%; los ramas, 0.5%, y los garífunas, 0.2%; con el triunfo de la Revolución

en 1979 se abrió otro periodo en la evolución de las relaciones étnico-culturales en la costa Atlántica, pero la complejidad de este periodo aconseja posponer su examen para otra ocasión.

REFERENCIAS

- ARELLANO, JORGE EDUARDO
1970 "Proceso histórico de la conquista de Nicaragua", *Nicaragua indígena* 49, Managua.
- CARRASCO, PEDRO
1985 "América indígena", *Historia de América Latina*, I, Madrid, Ed. Alianza.
- CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCUMENTACIÓN DE LA COSTA ATLÁNTICA
1982 *Demografía costeña*, Managua.
- CHAPMAN, ANNE
1974 *Los nicaraos y los chorotega según las fuentes históricas*, San José, Universidad de Costa Rica.
- GORDON, EDMUNDO
1985 "Etnicidad, conciencia y revolución: la cuestión miskito-creole en Nicaragua", *Encuentro* 24-25, Managua, abril-septiembre.
- HELMS, MARY
1976 *Asang: adaptaciones al contacto cultural en una sociedad misquita*, México, Instituto Indigenista Interamericano.
- JENKINS MOLIERI, JORGE
1986 *El desafío indígena en Nicaragua: el caso de los miskitos*, México, Ed. Katún.
- LEÓN PORTILLA, MIGUEL
1972 "Religión de los nicaraos. Análisis y comparación de tradiciones culturales nahuas", *Estudios de Cultura Náhuatl*, X, México.
- LOTHROP, SAMUEL KIRKLAND
1979 *Cerámica de Costa Rica y Nicaragua* (1926), Managua, Banco de América.
- MACLEOD, MURDO J.
1980 *Historia socioeconómica de la América Central Española, 1520-1720*, Guatemala, Ed. Piedra Santa.
- STONE, DORIS
1966 "Synthesis of Lower Central American Ethnohistory", *Handbook of Middle American Indians*, IV, Austin, University of Texas Press.
- WEST, ROBERT Y JOHN AUGELLI
1976 *Middle America. Its Land and Peoples*, New Jersey, Englewood Cliffs, Prentice Hall.



La Etnografía de Mesoamérica Meridional y el Área Circuncaribe, II Coloquio Paul Kirchhoff, editado por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, se terminó de imprimir en febrero de 1996, en los Talleres de MACRINA CHÁVEZ PAREDES. Su composición se hizo en el IIA por Ada Ligia Torres Maldonado, en tipo Garamond 9:11, 11:13 y 14:16 puntos, la edición consta de 1000 ejemplares en papel cultural de 90 g y estuvo a cargo de José Luis Orozco y Guillermo Goussen, elaboración de ilustraciones: César Fernández.

II COLOQUIO

P a n Kirchhoff



Diseño: Yuriria Botas